

Acerca de la gran ceramoteca que la Arqueología mexicana se merece

Después de darle vuelta a la introducción en busca de soporte teórico —más que todo para no caerle mal a la Nueva Ilustración—, opté por el camino directo de hacer un poco de historia y enumerar algunas ventajas que para la Arqueología mexicana tendría la organización de una ceramoteca nacional como resguardo de una parte sustantiva de nuestra memoria gremial.

La época que vivimos —y eso los arqueólogos que recorremos el país deberíamos saberlo— es de privatizaciones y desnacionalización, de sacar a remate documentos, ruinas e historia, y en términos globales de la más despiadada destrucción y saqueo de los bienes culturales de la humanidad. Se conserva aquello que vislumbra divisas y la investigación es pretexto y dádiva regateada. Recuérdense los famosos megaproyectos que privilegiaron unos cuantos sitios, o la Ruta Maya que involucra a cuatro países bajo espejismos de “turismo cultural, ecológico y étnico”.

Con el control de la economía y la política de los países dependientes, las grandes instancias transnacionales rigen el orden de la cultura e imponen sus propios modelos de pensar. Esto implica el abandono de tradiciones y conocimientos pasados en áreas de la inmediatez y de la moda; la jactancia del satisfactor momentáneo sepulta a paladas el pasado. La manipulación ocurre en todos los ámbitos: de los grandes núcleos de población a minúsculos sectores como el nuestro, con el oficio profesional obligado a entrar en el vértigo de la modernización desahogada. La colectividad reducida al individualista concepto de “triunfador” o *number one*, alejándonos cada día más de los problemas sociales que bullen alrededor. Ejemplifíquese con la participación pasiva de la masa de arqueólogos en los grandes y millonarios proyectos de inversión turística, en las obras de infraestructura urbana y rural a donde acudimos a rescatar la destrucción. Agréguese la poca exigencia de nuestra parte para que lo recobrado se estudie y publique, y el silencio colectivo ante

la disminución de nuestros derechos culturales: falta de cubículos y laboratorios, falta de evaluaciones académicas por calidad, y carencia de becas y acceso a publicaciones. ¿Cómo es posible que los centros regionales del INAH carezcan de bibliotecas, y que ni siquiera tengan una colección de publicaciones editadas por la institución? ¿Cómo pudo ocurrir, sin protesta alguna de nuestra parte, el asesinato de la Dirección de Prehistoria, en su tiempo modelo de investigaciones y ejemplo de la eficacia de un magnífico equipo de trabajo? ¿Cómo es posible que en toda la república, donde el INAH tiene la jurisdicción de gran cantidad de edificios, no exista un local donde se conserven los materiales estudiados, casi a cien años de excavaciones científicas?

Aquí me voy a referir a la necesidad de un repositorio que, en forma dinámica, resguarde la memoria física del material más estudiado por nuestra arqueología y fundamento de algunos de los mejores logros interpretativos. Retomo la propuesta para la fundación, por muchos años relegada, de una ceramoteca nacional.

Según relataba el profesor Eduardo Noguera, la idea original de un “gabinete de cerámica” se remonta a 1911, sugerida por Franz Boas durante su estancia en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas. La finalidad era albergar las colecciones de superficie recolectadas por la institución en la Cuenca de México y sus alrededores, así como formar muestras análogas —no existían tipos aún— para establecer futuras comparaciones e impulsar la publicación de lotes semejantes en pasta, factura y decoración. Al parecer la idea no progresó, pues Manuel Gamio no hace mención al respecto en el *Programa de la Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos*, pese a que uno de los objetivos del renglón de artes menores era la “Cerámica doméstica, ritual, etcétera, etcétera. Posibilidades de aprovechamiento actual” (1918: 24). Aquel acervo produjo el *Álbum de Colecciones Arqueológicas* seleccionadas y arregladas por Boas. Aunque ese primer universo de tiestos agrupados en unos cuantos

atributos fue trabajado en los años 1910 y 1911, la publicación no salió sino hasta 1921 por disposición de Gamio, autor del texto. Por la repercusión posterior en el desarrollo del arte popular mexicano, conviene señalar que el dibujante del álbum fue Adolfo Best Maugard, quien inspirado en los diseños prehispánicos elaboró el llamado “Método de dibujo Best” (1923), ligado al surgimiento de la Escuela mexicana de pintura durante la etapa creativa de la Revolución.

El segundo intento, en este caso un laboratorio-bodega, ocurrió durante los trabajos del magno proyecto de antropología integral que entre 1917 y 1922 desarrolló Gamio en el Valle de Teotihuacan. El plan fue del ingeniero José Raygadas Vertiz, a cuyo cargo estuvo el estudio estratigráfico. Se elaboraron tableros con muestras de figurillas y tiestos característicos, como parte de la exhibición montada en el precioso museo de estructura metálica y vidrio edificado al centro de la zona, de acuerdo con el sentido educativo que Gamio le imprimió a las investigaciones. El grueso del muestrario se guardó en cajas de cartón etiquetadas, que pasaron a una bodega equipada con mesas y lámparas para extender y consultar los materiales. Según Noguera, el propósito era reunir ejemplares de los principales sitios de México.

Soy testigo de la forma brutal como los tableros fueron desprendidos al demolerse el viejo museo durante la temporada de reconstrucción 1962-1964, ocasionando que buena parte de las figurillas y tiestos seleccionados se perdieran o revolvieran. El destino de las cajas fue azaroso: unas se desfondaron con el tiempo en la bodega, y cuando ésta fue desmantelada trasladaron parte al Museo de Antropología de la calle de Moneda; otras quedaron arrumbadas y el resto pasó a esa especie de “cementerio de la cerámica”, en que han convertido la Casa de Morelos en Ecatepec. Yacen allí toneladas de material sin estudio proveniente de muchos sitios. En cuanto a vestigios del primer museo de Teotihuacan, en el estacionamiento de las oficinas administrativas se encuentran tiradas las

hermosas columnas de fierro de estilo *art nouveau*, silenciosos testigos del mal gusto de desperdiciar cosas bellas en vez de darles un destino digno. Demasiada arqueología tenían las cajas de Gamio: las primeras cronologías —entonces sólo dos “culturas”: tolteca y azteca—, piezas Tlálóc de la “cerámica de los volcanes”, de la “cultura de los cerros” y de lo que pronto formaría parte del Arcaico.

Proyectos van, proyectos vienen. Millones de pesos entran, millones de pesos salen, pero no crece el interés por dotar a la zona de un espacio decente donde se examinen y preserven los especímenes recobrados. La triste realidad del sueño de Gamio queda expresada en una entrevista-denuncia hecha recientemente por dos arqueólogos que laboran en la zona, acerca de las condiciones lamentables en que se encuentra la ceramoteca de Teotihuacan, poco apta para resguardar “ese tesoro”:

Es el gran pecado de la arqueología de México. Como somos tercer mundistas, por lo general hay recursos para excavar, pero no para estudiar los materiales que se obtienen (Vertiz, 2001: 56-59).

De 1910 a 1950 transcurrió en la arqueología mesoamericana el fenómeno que Ignacio Bernal (1979:154-188) llamó “El triunfo de los tepalcates”. Etapa gloriosa de las grandes secuencias cronológicas, de las tipologías dispuestas en cuadros de fases, periodos y horizontes, definidas por George Vaillant en la Cuenca de México, por Gordon Ekholm en la Huasteca, y por Phillip Drucker en su rastreo Olmeca a través de Veracruz y Tabasco. La cronología oaxaqueña se veía desde el proyecto nacional de Monte Albán, cuyo acervo cerámico estaba en un salón acondicionado del Convento de El Carmen en la Ciudad de México, donde permaneció muchos años en estudio por Alfonso Caso, Ignacio Bernal y Jorge Acosta. Empero, pese a haberse celebrado cuatro importantes mesas redondas —Tula y los toltecas, 1941; Mayas y olmecas, 1942; El norte de México y sur de los Estados Unidos, 1943; El occidente de México, 1946— en las que una parte

medular de las discusiones fue cronologista, puesto que la confrontación de las tipologías preocupaba a la mayoría de arqueólogos, y a la presencia de muy capacitados ceramistas mexicanos que externaron su preocupación por el destino de ese objeto de estudio, la creación de un local central de almacenamiento no fue posible. De un intento frustrado escribió Antonieta Espejo (1953:36-38):

El doctor Alfonso Caso... durante el desempeño de su puesto como director del INAH concibió el proyecto de establecer un departamento que llenara ese cometido, dentro del Museo Nacional de Antropología. Comisionó al entonces estudiante de la Escuela Nacional de Antropología, Alberto Ruz Lhuillier, para que hiciera un recorrido por los museos del Suroeste de Estados Unidos, con el objeto de estudiar los distintos sistemas seguidos por los investigadores norteamericanos en aquella región, para *archivar* cerámica arqueológica fragmentada y conservarla disponible para consulta. Al volver de aquel país, el señor Ruz formuló un informe sobre el tema, el cual existe en los Archivos del Museo. Diferentes actividades relacionadas con otros aspectos de la Antropología, impidieron que el doctor Caso y el arqueólogo Ruz pusieran en práctica el proyecto.

En 1953, el esfuerzo hasta hoy más serio pareció cristalizar, de acuerdo con la concepción madurada por Eduardo Noguera y el impulso de Eusebio Dávalos Hurtado, a la sazón director del Museo. El diseño de trabajo correspondió a Antonieta Espejo, discípula del primero. Se conceptualizó el lugar como un archivo en el que estuvieran representados los tipos cerámicos establecidos a la fecha y el muestrario completo de todo proyecto arqueológico futuro. Enriquecer la colección sería un requisito para todo investigador que saliera al campo.

En el artículo titulado “La Keramoteca del Museo Nacional de Antropología”, publicado en *Tlatoani*, revista de la Sociedad de Alumnos de la ENAH —lo recuerdo para hacer notar que el tema estaba presente en los intereses estudiantiles de entonces—, la señora Espejo informa al año y medio de su instalación, que la keramoteca (así le llamaba) ha contado con “medios exiguos” para cumplir su función, pero

gracias a “los esfuerzos de un grupo distinguido de estudiantes de la ENAH, puede decirse que ya existen bases firmes para el establecimiento de una keramoteca en un local más apropiado que cuente con el personal y el equipo de trabajo indispensables”.

La parte analítica del curso “Cerámica Mesoamericana” la dictó Noguera en ese local. Estaba en la azotea en una de las casetas construidas para talleres y laboratorios. Buenos muestrarios y pobre mobiliario: una mesa grande y un restirador, un viejo escritorio y un fichero de madera, los respectivos asientos y una dotación suficiente de cajas de cartón un poco más grandes que las de zapatos. Las ideas fluían de entre el equipo de estudiantes voluntarios:

La señora Zubaran (Jovita), quien además de arqueóloga es bibliotecaria, ha aportado al proyecto la elaboración de un sistema de *archivo* de cerámica fragmentada basado en la clasificación de Dewey, utilizada ampliamente en bibliotecas. Este sistema facilitará muchísimo el préstamo del material para consulta y el control de los materiales que entren y salgan del establecimiento.

No eran despreciables los fondos ingresados en tan corto tiempo: el muestrario huasteco de Gordon Ekholm y restos de la tipología de Vaillant —los mejores ejemplos de ambos paran en el Museo de Historia Natural de Nueva York—, mucho material de Tlatelolco agrupado según la secuencia de James Griffin revisada por Espejo. La falta de espacio impidió integrar el muestrario de Tenayuca, guardado en una pequeña bodega del sitio desde que Noguera concluyó el estudio para el proyecto 1925-1928. Hubo visitas a locales que guardaban remanentes con o sin estudio: San Pedro de los Pinos, también de Noguera, y Santa Teresa —Templo Mayor—, donde imperaba un verdadero desorden, con alfarería de las excavaciones de Gamio en 1921 y muchas bolsas de ingreso posterior sin etiquetas de procedencia.

A pesar de las limitaciones de equipo, algunos proyectos nacionales y extranjeros analizaron

allí su alfarería: Richard McNeish la de Pánuco, y Agustín Delgado la recuperada en Cerritos, San Luis Potosí, y en sitios cercanos a las márgenes del río Papaloapan. El etnólogo Roberto J. Weitlaner entregó un lote de tiestos y piezas completas de la Chinantla. Espejo dirigió a un grupo de estudiantes para poner al día un antiguo conjunto de Culhuacán, etiquetado por Enrique Juan Palacios. También coordinó las excavaciones dedicadas a proporcionar materiales para la próxima Mesa Redonda de 1956, centrada en el “Valle de México y los cuatro circunvecinos”. Piña Chan analizó allí la cerámica de El Gavilán, Texcoco.

La señora Espejo prácticamente hizo de la cerámica el objeto central de la arqueología. En mucho era el pensamiento de Noguera. Quien consulte el libro *Cerámicas de Mesoamérica* (1965), con la lista de virtudes de este sujeto de estudio y de los atributos que conforman un tipo —pasta, color “a ojo” (apenas comenzaban a usarse las tablas de Munsell), desgrasante, filiación estilística, forma y función en las únicas posibilidades de uso que se les atribuía: ceremonial y doméstico—, podrá entender cuál era el ideal de ceramoteca para esa generación. Lástima que el joven laboratorio quedó en embrión, no duró más de seis años en funciones reales. ¿En dónde estarán los muestrarios y el archivo de la profesora Espejo?

Por su interés más allá de lo anecdótico, señalo el contacto a larga distancia de un interés afín: en los años cuarenta, Noguera conoció el manuscrito de unas normas descriptivas debidas a su amigo argentino Antonio Serrano (1952); también figuraba en la bibliografía recomendada por Espejo.

En esos años la zona maya corría con mejor suerte. La Carnegie Institution, con bases de apoyo en Yucatán y Guatemala, estableció laboratorios en Mérida y la capital guatemalteca. El primero, hoy en el Museo Regional, acogió el producto de los estudios de George Brainerd y de Robert Smith. En Guatemala los muestrarios fueron organizados en lotes por proce-

dencia y guardados en gabinetes diseñados *ex profeso*, sencillos y prácticos. Son muestrarios de lujo: todo Uaxactún, para entonces columna vertebral de la secuencia maya; el reconocimiento de superficie del Altiplano Central de Guatemala, clásico recorrido de Edwin Shook, y el material de la cuenca del Motagua de Alfred Kidder (Taylor y Meigham, 1978).

En 1945, durante el gobierno democrático del presidente J.J. Arévalo, se reorganizó el Museo de Arqueología y Etnología. Tarea prioritaria fue ordenar la bodega y como consecuencia la ceramoteca. Caben allí, desde el más amplio muestrario, hasta el solitario tiesto entregado de manera espontánea. Un sencillo sistema de tarjetas permite el control por sitio, localidad, municipio y departamento; de ser posible se anota tipología y cronología. A pesar de los altibajos de la apreciación oficial sobre los valores históricos, propios de tantos años de gobiernos gorila, la ceramoteca guatemalteca ha logrado sobrevivir. Es obligación de todo proyecto entregar un muestrario completo y aportar de su costo los gabinetes diseñados desde los años treinta.

En México existen algunas ceramotecas oficiales y de proyectos extranjeros. La del Museo Nacional de Antropología heredó viejos muestrarios en las cajas que llegaron del anterior establecimiento y de los trabajos de campo generados por los curadores. Bien ordenada, la ceramoteca editó un breve pero útil boletín informativo —*Notas de la Ceramoteca*—, que tuvo básicamente circulación interna. Desafortunadamente la ceramoteca y la colección integrada a las secciones de la bodega correspondientes a las salas, fueron desmanteladas.

Durante un tiempo su animador fue Gonzalo López Cervantes, puntual estudioso de la tradición alfarera, desde la prehispánica a la actual. Tenía en mente un proyecto mayor: dotar a la Ciudad de México de un museo de la cerámica con valor didáctico e informativo; entre sus servicios se pensó en talleres y en una biblioteca especializada en orientación

técnica e histórica, exposiciones y producción de películas. Contaría con una ceramoteca de materiales antiguos y etnográficos. El proyecto lo editó Gonzalo por su cuenta (López Cervantes, s.f.).

Desde antes de la inauguración del museo, hubo preocupación sobre la forma de clasificar la inmensa colección de vasijas completas. Para el aspecto formal, Smith y Piña Chan (1963) prepararon un vocabulario con la terminología técnica y popular, que circuló mimeografiado en limitada edición de trabajo. Con el mismo propósito, Noemí Castillo y Jaime Litvak (1968) redactaron una guía matemática para fichar y describir formas cerámicas. No llegó a aplicarse, pero hubiera sido importante discutirla. Debo subrayar que la Sección de Máquinas Electrónicas del MNA publicó varios estudios de análisis matemático; Serra Puche (1971) trabajó figurillas teotihuacanas y Laporte (1972) el problema de las formas “genéricas”.

El desapego histórico tiende a olvidar esfuerzos, por eso insisto: de haber existido en México una entidad rectora, que hubiese coordinado los diferentes criterios descriptivos, no estaríamos ahora repitiendo los mismos términos y las mismas ilustraciones de objetos conocidos; estaríamos, en cambio, encaminando el discurso a lo novedoso, a mostrar diferencias, a significaciones antes no pensadas.

La Dirección de Salvamento Arqueológico tiene ceramoteca. En cuanto al enorme volumen intervenido sólo en la Cuenca de México, tendría obligación de ser la mejor, en donde se diera información variada: de los tiestos salidos al sembrarse un poste de la luz, de las cifras del tipo Azteca III negro sobre naranja en las ofrendas de determinado lugar, de las variantes en los diseños... al muestrario depurado de cualquiera de los espacios mayores intervenidos por la dependencia. Todo computarizado. Cuando apreciamos los millones de tiestos mexicas del tiradero ceremonial de La Magdalena de las Salinas, por ejemplo, no podemos dejar de preguntarnos si todo aquel material provino del

taller familiar de un viejito artesano, o si se produjo en grandes talleres o conjuntos organizados de alfarerías, y hasta dónde participaba el Estado en su distribución. El problema ha sido creer que ya no hay nada que hacer con ciertas cerámicas como la azteca, por estar “suficientemente estudiada”. Al pasarla por el tamiz clasificatorio se le trata como “diagnóstica” y “no diagnóstica”, o sea conocida o no. Eso se llama identificación tipológica y no análisis tipológico, y así ninguna novedad podrá brotar. Salvamento tuvo una ceramoteca en la calle de Alfonso Reyes, era buen espacio: un jefe la mandó desmantelar. De nuevo la pregunta: ¿a dónde irían a parar los materiales? Tepalcates del Convento de San Jerónimo, un muestrario del Palacio Nacional, por lo menos dos épocas Coyotlatelco de Iztapalapa...

La ceramoteca central del INAH está a cargo de la Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico. Es evidente que sus condiciones de espacio le imposibilitan recibir nuevos muestrarios. Una ceramoteca —desde Boas se entendió así— no es sólo un depósito ordenado de materiales, sino un centro generador de investigaciones.

El repositorio mayor no oficial pertenece a la New World Archaeological Foundation (NWAf), en San Cristóbal las Casas, Chiapas, donde se custodian más de cincuenta años de investigaciones de campo. Para quien trabaje la arqueología chiapaneca o de la costa sur de Guatemala y El Salvador, es pertinente acudir a consultarla. Es básica para comparar hallazgos olmecas de cualquier lugar de Mesoamérica; guarda alfarería desde 1500 años a.C. a la época colonial, y sus

fondos hablan de técnicas de excavación y métodos de estudio. En los muestrarios se manifiestan diversas tendencias de ver la arqueología, metodologías y criterios; desearía ver la cara de susto de las autoridades si un día la NWAf decidiera entregarlos oficialmente, sin contar previamente con un local adecuado donde continuar dando el servicio que presta.

Sobre qué clase de ceramoteca propondría no sabría decirlo. Proponerlo le corresponde a las nuevas generaciones, armadas de los avances tecnológicos a los que la profesión tiene acceso. A quienes están en condiciones de formularle a los tepalcates nuevas preguntas.

Yo me conformaría con un lugar que en cerámica equivaliera a lo que en papeles históricos es el Archivo General de la Nación. En donde consultar “a vistas” ejemplares publicados. Un centro de estudios con laboratorios propios y medios para coordinar con otras instituciones análisis de arcillas y pigmentos, de restos orgánicos, de huellas de uso, de fechamiento, y cuanta etcétera impliquen los avances de la ciencia en posibilidades de investigar y concluir. Que contara con la más completa toma de arcillas de los bancos de barro y de los componentes del desgrasante empleados en la etnografía mexicana. Que tuviese, tal como imaginaba López Cervantes, una biblioteca especializada, y generara sus propias series bibliográficas, una revista y un boletín informativo. Un espacio pensado para crecer, descentralizado desde su origen, con locales de apoyo en los centros regionales del INAH que hagan arqueología.

Hasta aquí llevaba escrito cuando desperté.

bibliografía

- Bernal, Ignacio
1979. *Historia de la Arqueología Mexicana*, México, Porrúa.
- Best Maugard, Adolfo
1923. *Tradicción, Resurgimiento y Evolución del Arte Mexicano. Método de dibujo*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Boas, Franz
1921. *Album de Colecciones Arqueológicas* (Seleccionadas y arregladas por Franz Boas, ilustraciones de Adolfo Best Maugard, texto de Manuel Gamio), México, Publicaciones de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas.
- Castillo Tejero, Noemí y Jaime Litvak
1968. *Un Sistema de Estudio para Formas de Vasijas*, México, INAH (serie "Tecnología", 2).
- Espejo, Antonieta
1953. "La keramoteca del Museo Nacional de Antropología", en *Tlatoani*, núm. 7, México, Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Gamio, Manuel
1918. *Programa de la Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos*, México, Impresora de la Secretaría de Hacienda, Departamento de Fomento.
- 1922. *La Población del Valle de Teotihuacan*, 5 tomos, México, Dirección de Antropología, Dirección de Talleres Gráficos, Secretaría de Educación Pública.
- Laporte, Jean Pierre
1972. *Análisis de las Formas Genéricas en Vasijas de Tlatilco*, *Antropología Matemática*, núm. 23, México, Sección de Máquinas Electrónicas, Museo Nacional de Antropología, INAH.
- López Cervantes, Gonzalo
s.f. *El Museo de la Cerámica*, México, edición del autor.
- Noguera, Eduardo
1965. *La Cerámica Arqueológica de Mesoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Históricas / UNAM.
- Serrano, Antonio
1952. *Normas para la Descripción de la Cerámica Arqueológica*, vol. 24, Argentina, Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore, Imprenta de la Universidad de Córdoba.
- Serra Puche, Mari Carmen
1971. *Diccionario Codificado. Rasgos de Cabezas de Figurillas de Teotihuacan*, *Antropología Matemática*, núm. 17, México, Sección de Máquinas Electrónicas, Museo Nacional de Antropología, INAH.
- Smith, Robert y Román Piña Chan
1963. *Vocabulario sobre Cerámica*, México, Consejo de Planeación e Instalación del Museo de Antropología, CAPFCE-INAH.
- Taylor, R.E. y Clement W. Meigham
1978. *Chronologies in New World Archaeology*, New York, Academic Press.
- Vertiz, Columba
2001. "En riesgo el acervo de Teotihuacan. Sus bodegas, averiadas e insuficientes", en *Proceso*, núm. 1267, México.

